

## **SANTOS MARCELINO Y PEDRO, MÁRTIRES**

**Día 2 de junio**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**F**ra San Marcelino presbítero de la Iglesia de Roma, y San Pedro era exorcista hacia el fin del tercer siglo, y á principio del cuarto. La eminente virtud de Marcelino y la santidad de su exorcista brillaban tanto en aquella capital del mundo, que no podían esconderse á la penetración de Diocleciano, en un tiempo en que todos los parajes estaban teñidos con la sangre de los mártires. El gran poder que el Santo exorcista ejercía sobre los demonios irritó á todo el Infierno y movió contra San Pedro todo el furor de los gentiles. Por su mucha reputación, por su gran celo, y por sus continuos milagros fue acusado ante Sereno como el mayor enemigo de los dioses. Fue preso y encerrado en un oscuro calabozo, después de haber despedazado muchas veces su cuerpo con crueles azotes.

Asombró á los mismos paganos la alegría que el generoso mártir mostraba en los tormentos, sufriendolos con semblante apacible, modesto y siempre risueño. Oíanle cantar de día y de noche alabanzas al Señor en medio de su horrorosa prisión, cargado de hierro, y estando su santo cuerpo hecho todo una llaga. Observó un día que el carcelero, llamado Artemio, siempre que bajaba al calabozo se mostraba triste y lloroso, manifestando en el semblante la amargura que afligía su corazón. Preguntóle qué cosa era la que tanto le desconsolaba. *Lloro* (dijo Artemio) *la desgracia de una hija mía, á quien amo tiernamente, y no hallo remedio ni*

*alivio para sus males. Años ha que está poseída de un demonio que la atormenta horriblemente, obligándola á hacer espantosas contorsiones, y ahora mismo la dejo en tan lastimoso estado.*

*Pues si no te aflige otra cosa, respondió el Santo, fácil será consolarte. Pero ¿cómo? replicó el carcelero.— Librando á tu hija de ese demonio, respondió San Pedro. Eso es bien cierto, dijo Artemio.—Pero ¿qué hombre ni qué Dios será capaz de hacer ese milagro?— Yo, respondió el santo exorcista, por virtud de mi Señor Jesucristo, único Dios verdadero, á quien adoro y á quien sirvo. Oyó con risa y con lástima esta respuesta el carcelero, y le replicó como haciendo burla: Según eso, muy simple ó muy loco eres en no valerte del gran poder de ese tu Dios y Señor para librarte de las cadenas y del calabozo.—Conozco lo mucho que vale este calabozo y estas cadenas, respondió el santo exorcista, y estoy muy lejos de desear verme libre de ellas; ni el grande amor que me tiene mi divino Salvador permitirá que yo me prive de tan preciosa corona. En los tormentos está toda la fortuna de los cristianos.—Pues mira, le interrumpió Artemio, si quieres que yo crea en ese tu Dios, y en él gran poder que le supones, rompe por ti mismo las cadenas, abre él calabozo, penetra por él cuerpo de guardia que está á la puerta, y búscame esta noche en mi cuarto; y, volviendo las espaldas con un género de desprecio, se retiró á su casa.*

*Apenas entró en ella, cuando dijo á su mujer: Vengo de visitar los presos, y dejo en el calabozo á un pobre mozo cristiano, á quien los tormentos y la prisión han trastornado la cabeza; pero su locura es muy graciosa; dice que por la virtud de Jesucristo, su Dios, librárá del demonio á nuestra hija Paulina.—Pero en eso ¿qué locura hay, ni qué se va á aventurar en hacer la prueba?, respondió Cándida, que así se llamaba la mujer de*

**Artemio.—*La locura, replicó éste, consiste en que habiéndole pedido, en prueba de la virtud de su Dios, que viniese esta noche á buscarme en mi cuarto, el pobre mozo me lo prometió, aunque le doblé las prisiones y la guardia.—Como él cumpla su palabra, respondió Cándida, será buena prueba de que no hay otro Dios verdadero más que él suyo.—Tan loca me parece que estás tú como lo está él, replicó Artemio: aunque Júpiter y todos nuestros dioses se empeñaran en librarle de las cadenas y en sacarle del calabozo, no lo podrían conseguir.*** Ibase acalorando la conversación, cuando San Pedro, librado milagrosamente de las prisiones, se dejó ver en la puerta del cuarto, vestido de blanco, y con un crucifijo en la mano. Quedaron atónitos Artemio y Cándida; vuelven en sí, arrójanse á sus pies, deshechos todos en lágrimas, y claman á voz en grito que no hay otro Dios verdadero sino el Dios de los cristianos. Acude Paulina al ruido, arrodíllase delante del Santo y, no pudiendo sufrir su presencia el demonio que la atormentaba, sale de su cuerpo rabiando y gritando: *¡Oh Pedro, la virtud de Jesucristo que está en ti me arroja de mi casa y me obliga á dejar libre el cuerpo de esta doncella !*

Corrió luego la voz de tan estupenda maravilla; llenóse la casa de vecinos y de parientes, que siendo testigos de un hecho tan milagroso, preocupados de asombro y de admiración, pidieron todos el bautismo. Inundado San Pedro de un suavísimo consuelo á vista de tantas conversiones, salió luego á buscar al presbítero Marcelino, el cual, habiéndolos explicado los principales misterios de la fe, y viéndolos á todos con la mejor disposición, los administró el sacramento por que tanto suspiraban; y Artemio, no cabiendo dentro de sí por el gozo de verse ya cristiano, fue á las prisiones, ofreció la libertad á todos los que quisiesen bautizarse, y se la dio á todos los cristianos.

Por haber caído malo á la sazón el vicario Sereno, tuvieron tiempo y libertad San Marcelino y San Pedro para instruir por espacio de cincuenta días á los nuevos cristianos, preparándolos y fortaleciéndolos para recibir la corona del martirio. Luego que el vicario convaleció, llamó á Artemio, y le mandó hiciese venir delante de él á todos los prisioneros. *Señor*, respondió el alcaide, *las prisiones están del todo vacías, porque Pedro, exorcista de los cristianos, rompió las cadenas de todos los que por vuestra orden estaban en los calabozos, y los abrió las puertas de la cárcel por la virtud omnipotente de Jesucristo; á vista de cuyo milagro todos abrazamos la fe, todos nos hicimos cristianos, recibiendo el santo bautismo, y sólo el presbítero Marcelino, Pedro su exorcista, y yo, estamos á vuestra disposición.*

Salió fuera de sí el vicario con la respuesta de Artemio, y mandó que allí mismo le despedazasen las carnes con unos ramales armados de bolillas de plomo, á cuyo tormento no pudiera sobrevivir sin particular milagro. Hizo después venir á San Marcelino en presencia de San Pedro, y dijo á los dos: Disponeos para ser tratados de la misma suerte, después de lo que acabáis de ver ejecutar, si en este mismo punto no ofrecéis incienso á nuestros dioses inmortales, renunciando á ese vuestro Jesucristo.—*No permita Dios*, respondió Marcelino, *que cometamos jamás tan sacrílega impiedad; no hay más que un solo Dios verdadero, y reconocer á otro por tal es la mayor de todas las locuras. Por la virtud poderosa de este Dios se hicieron pedazos las cadenas de los que teníais en la cárcel, y se abrieron las puertas de las prisiones; no quieras imputarnos á delito esta maravilla; antes bien reconoce por ella que no hay otro Dios que el Dios de los cristianos.*

Ya no pudo contener más la cólera Sereno; y, haciendo que apalearan cruelmente á Marcelino, cuando

**vio molido todo su cuerpo ordenó que le condujesen á un tenebroso calabozo y que allí le dejaran tendido en el suelo sobre cascotes de vidrio, sin agua y sin alimentos, para que muriese á violencias del dolor y del hambre. San Pedro fue llevado á otra prisión, donde le dejaron con fuertes grillos en los pies y con todo el cuerpo atormentado. Pero la misma poderosa mano que había puesto en libertad á los otros santos confesores libró también á nuestros invictos mártires. Aquella misma noche entró un ángel en el calabozo donde estaba Marcelino, y, haciendo pedazos las cadenas, le ordenó que tomase sus vestidos; condújole á la prisión del exorcista Pedro, libróle de los grillos, curólos á entrambos, y los llevó á la casa donde estaban los nuevos cristianos en oración, y se mantuvieron algunos días en su compañía, confirmándolos en la fe, y disponiéndolos para el martirio.**

**Cuando supo Sereno que Marcelino y Pedro habían desaparecida de la cárcel, descargó contra Artemio todo su furor. Mandó que él, Cándida, su mujer, y Paulina, su hija, fuesen llevados al templo de Júpiter, y, no queriendo hacerle sacrificio, sin dilación fuesen enterrados vivos, cubriéndolos de piedras en una profunda hoya que se abrió á sus mismos pies, con cuyo tormento en breve tiempo consumaron su martirio. Cuando los conducían al suplicio, iban delante de ellos San Marcelino y San Pedro con otros muchos cristianos, acompañándolos como en triunfo; pero Dios premió luego su celo y su fervor; porque, volviéndolos á prender, fueron degollados por sentencia de Sereno.**

**Por temerse alguna sedición se ejecutó la sentencia á una legua fuera de Roma, en un paraje que entonces se llamaba el *bosque negro*, y después, en memoria de los santos mártires, el *bosque blanco*, y recibieron la corona del martirio hacia el año de 304. Arrojaron sus santos**

**cuerpos en una profunda sima, donde estuvieron ocultos hasta que los mismos mártires se los revelaron á una piadosa mujer, llamada Lucina, que los retiró de allí y los dio decente sepultura.**

**En tiempo del emperador Ludovico Pío, por los años de 826, fueron trasladadas de Roma á Michelstad, en Alemania, las reliquias de San Marcelino y San Pedro, y desde allí, el año de 827, lo fueron segunda vez á Mulinhein, colocándolas en la abadía que hoy se llama *Salgenstad*.**

## **SAN JUAN DE ORTEGA, CONFESOR**

**El Beato Juan de Ortega, llamado así por el sitio donde hizo su prodigiosa vida, nació en el año 1080, en una pequeña aldea del arzobispado de Burgos, llamada Quintana de Ortuño. Fueron sus padres Vela Velázquez y Eufemia, ambos muy distinguidos en el país por su notoria piedad, los cuales vivieron muchos años sin sucesión en su pacífico matrimonio; recurrieron al Cielo con fervorosas oraciones y con religiosos votos, valiéndose de la poderosa intercesión de la Santísima Virgen; y habiendo sido oídas sus reverentes súplicas, les concedió el Señor á Juan, sobre quien derramó sus más dulces bendiciones. No tardó mucho tiempo en manifestar el niño las gracias con que se hallaba favorecido; pues su inclinación á la virtud, su amor para con Dios y su caridad para con los pobres, aun en edad poco sensible á la miseria, dieron á conocer desde luego que la dichosa alma se dirigía por las inspiraciones del Espíritu Santo.**

**Aplicáronle sus padres á la carrera de las letras; y, como se hallaba dotado de un talento extraordinario, hizo grandes progresos, así en las ciencias como en la virtud. Ascendió por los grados prescritos en los sagrados cánones á la dignidad del sacerdocio, y luego se**

distinguió en el nuevo ministerio por la arreglada circunspección de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduría.

Distribuyó sus cuantiosos bienes en los pobres de Jesucristo, reservándose para sí sólo lo preciso, y determinó visitar personalmente los Santos Lugares de Jerusalén; y queriendo imitar en la peregrinación á los verdaderos pobres, expendió en el camino entre los necesitados la corta porción que reservó para su sustento. Llegó á la capital de Palestina después de muchos trabajos, y con la vista de aquellos preciosos monumentos cobró el tedio y el disgusto de todos los bienes de la Tierra. Mantúvose algún tiempo regando con sus lágrimas los venerables lugares que santificó Jesucristo con su real presencia, y resolvió volver á su patria. Embarcóse con una multitud de peregrinos, y, levantándose una tempestad furiosa, se expusieron todos al más inminente peligro de naufragar. Imploró Juan en aquel conflicto á la divina misericordia, y valiéndose de la protección de San Nicolás, de quien traía una reliquia con otras muchas, prometió construir en honor suyo una iglesia, cuando se librase del peligro.

Cuando llegó Juan á España halló las mismas turbaciones que al tiempo de su partida; y conociendo que en su patria no podía dedicarse con tranquilidad á los santos ejercicios en que deseaba ocuparse, resolvió retirarse á la soledad de algún desierto. Escogió para este fin un campo alto y despoblado que está á la falda del monte Idubeda, llamado hoy de *Oca* por la antigua ciudad del mismo nombre, que era la capital de aquella tierra. Caía este desierto al camino de Santiago, llamado *Ortega* ú *Ortiga*, por las malezas y espesuras de ortigas y de otras malas hierbas que había en él, donde se refugiaban muchos salteadores de caminos, al abrigo de las malezas de aquella selva inculta.

**Entendió Juan que sin licencia del rey no podía poner en ejecución sus piadosos designios, y, habiéndola conseguido, comenzó á labrar la iglesia de San Nicolás, en cumplimiento de su promesa.**

**Concluida la iglesia, colocó las reliquias traídas de Jerusalén, y, habiendo erigido cerca de ella un famoso hospital para que se hospedasen los peregrinos, los servía con la más ardiente caridad. Su hospicio era el refugio de los pobres, escuela de los que deseaban aprovechar en la virtud; muchos ermitaños y personas devotas le escuchaban y buscaban como su padre y maestro. Esto era por los años 1138, en que, deseando asegurar aquel establecimiento, pidió al Papa Inocencio II que lo recibiese bajo su protección. En el Breve que con este motivo expidió este Papa á nuestro Santo, es llamado aquel monasterio *San Nicolás de Ortega*.**

**Después que el río Ebro inutilizó el puente que Santo Domingo de la Calzada hizo junto á Logroño, emprendió nuevamente esta obra el siervo de Dios, y la acabó con gran beneficio de aquella tierra. Con igual caridad labró de su mano, ayudado de sus discípulos, la calzada que hay entre Ages y Atapuerca, y la otra que va desde este lugar hasta el monasterio. Hizo otras obras de pública utilidad, y entre ellas el puente sobre el río Najerilla, donde, según Ocaña y Sigüenza, obró el Santo el milagro de resucitar un muerto á quien había pasado una carreta por encima de su cuerpo.**

**Llegó por fin á una avanzada edad, y el Señor quiso acrisolar más su virtud con una larga y penosa enfermedad que sufrió con la mayor resignación. Recibió los últimos sacramentos, y habiendo hecho oración por todos los vivos, por todos los difuntos y por la paz de la Iglesia, entregó su espíritu en manos del Creador en el día 2 de Junio del año 1163. Dieron sepultura al**

venerable cuerpo del siervo de Dios en la iglesia de San Nicolás, fundada por él mismo, y no tardó Dios en hacer célebre su sepulcro con repetidos milagros, especialmente en favor de las estériles que recurren á implorar su patrocinio, habiéndose dignado el Señor concederle esta gracia especial, en memoria de haber sido el Santo de padres de esta clase. Cada año se celebra su fiesta con gran concurrencia de gentes.

## **SANTA MARÍA ANA DE JESÚS Y PAREDES, VIRGEN**

La bienaventurada y esclarecida virgen María Ana de Jesús Paredes y Flórez, conocida con el nombre de la *Azucena de Quito*, nació en dicha ciudad, capital de la República del Ecuador, en la América del Sur, el 31 de Octubre del año 1618. Sus padres fueron el capitán Jerónimo Flórez Zenel de Paredes, natural de Toledo, y Doña Mariana Granobles Jaramillo, natural de Quito, vástagos de la primera nobleza. Pero esto no sirvió para lo que ordinariamente y por desgracia sirve en el mundo; antes, al contrario, sirvió para aumentar la humildad, la modestia, el pudor, el recato y la caridad de la niña María Ana.

Desde muy niña consagró á Dios su virginidad por medio de la más tierna devoción á María Santísima, bajo el misterio de su Inmaculada Concepción; y á los diez años renovó este voto, añadiendo los de pobreza y obediencia. Creciendo en edad, deseaba vivamente dedicarse á la conversión de los pecadores, satisfaciendo así el celo que le devoraba por la salvación de las almas. Deseaba también vivir retirada del trato de las gentes, ocupada en el desierto en la oración y divinas alabanzas; pero el Señor la volvió á su casa por medio de un extraordinario prodigio, y, acatando las disposiciones del Cielo, vivió en su casa cual hubiera vivido en el desierto.

**Estableció al efecto la más rígida distribución del día y de la noche en la oración, en la penitencia y en todas las virtudes que practicaron los más grandes anacoretas.**

**Como no nos proponemos sino escribir brevemente la vida de este portento de la gracia, diremos, en compendio, que la beata María Ana de Jesús tuvo una fe viva y firme esperanza en Dios, caridad abrasada para con Dios, caridad pura con las almas del Purgatorio, caridad grande para sus prójimos en lo temporal y en lo espiritual, devoción tierna á la Pasión de Jesús, á su Santísima Madre y á los santos, amor entrañable á Jesús Sacramentado; en una palabra, diremos que nuestra María Ana fue el conjunto y el resumen de todas las virtudes, pero en un grado superior. Agradando al divino Esposo, Jesús recompensó la fidelidad de su amada, aun en esta vida, con toda clase de dones sobrenaturales.**

**Era ya llegada la hora de la unión eterna de la beata María Ana con su Esposo Jesús; y enferma, más de amor divino que de otra dolencia, expiró tranquilamente en el Señor, el viernes 26 de Mayo del año 1645, á los veinticinco de su edad. No es posible referir la veneración de que fue objeto; pues apenas murió, todos á una voz decían: *Ya murió la Santa*. Por este motivo, y extendidas las señales tan claras de la santidad de María Ana de Jesús, nuestro santísimo papa Beato Pío IX la declaró Beata por su Breve de 30 de Septiembre del año 1850, señalando su fiesta para el 2 de Junio.**

**La Misa es del común de muchos mártires, y la oración la que sigue :**

**i Oh Dios, que cada año nos alegras con la solemnidad de tus bienaventurados mártires Marcelino, Pedro y Erasmo! Suplicámoste que, al mismo tiempo que nos alegran sus merecimientos, nos enciendan sus**

**ejemplos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.**

## **La Epístola es del cap. 8 del apóstol San Pablo á los romanos.**

**Hermanos: Los trabajos de esta vida no merecen dignamente la futura gloria que se descubrirá en nosotros. Porque este mundo criado está en acecho, esperando la manifestación de los hijos de Dios. El mundo criado, pues, ha sido sujeto á la vanidad, no por su voluntad, sino por la de Aquel que le sujetó con esperanza; porque también el mundo criado será libre de la servidumbre de la corrupción con la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen, y están hasta ahora con los dolores del parto. Y no solamente ellas, sino también nosotros, que tenemos las primicias del espíritu, también nosotros gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción de hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo.**

## **REFLEXIONES**

***Las tribulaciones de esta vida no tienen proporción con la gloria futura. Padécese en este mundo, es verdad; en todas partes nacen las cruces; son frutos de todos tiempos, prodúcenlos todos los climas; no hay edad, no hay estado, no hay condición que esté exenta de ellas. Hasta la misma virtud cristiana, único principio del verdadero mérito, que parece debieran perdonar las cruces, no sólo las fomenta, sino que muchas veces ella misma las produce; como que no puede vivir sin ellas. Pocos santos hay en el Cielo que no mezclasen la bebida con sus lágrimas, y menos que ellos mismos no cultivasen las cruces para que creciesen mejor. Pocos siervos de Dios que se hubiesen contentado con las cruces y con las espinas que nacían, por decirlo así, en su mismo terreno.***

**¡Qué estudio, qué cuidado, qué industrias tan ingeniosas para macerar su carne, para mortificar sus sentidos, para humillar su espíritu, para crucificar ¿su cuerpo, para aniquilar su amor propio! Las más duras, las más ásperas mortificaciones no bastaban á saciar el hambre que tenían de padecer. Adversidades, persecuciones, desprecios, humillaciones, desgracias, éste era el patrimonio de los santos, con estas sombras se ha de pintar su retrato. Añade á todo esto lo que padecieron los mártires: horcas, cadalsos, hornos encendidos, uñas aceradas, nada de esto tiene proporción con el premio. Pero no pienses que sólo no tiene proporción con él aquella gloria futura, aquella felicidad de los bienaventurados, aquel gozo del Señor, en que están como embebidos después de esta miserable vida, y es fuera de todo precio, sin medida, sin límites, sin término. Tampoco tienen proporción con aquel consuelo interior, con aquella dulzura, con aquella oculta suavidad, con aquella espiritual alegría que acompaña á las tribulaciones, que hace el yugo del Señor tan suave y su carga tan ligera. Vale mucho menos todo cuanto se puede padecer por merecerlo. ¡Dios mío! ¿Qué consuelo de mayor satisfacción? Por lo menos es muy cierto que en el servicio del mundo se padece sin alivio, sin consuelo, sin fruto y sin recompensa; pero cuanto se padece en el servicio de Dios no tiene proporción con la gloria futura**

### **El Evangelio es del cap. 21 de San Lucas.**

**En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando oyereis las guerras y sediciones, no os asustéis; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces les decía: Se levantará una nación contra otra nación, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os**

perseguirán, entregándoos á las sinagogas, á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá para prueba. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuidéis de pensar antes lo que habéis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduría, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos, por causa de mi nombre; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

## MEDITACIÓN

### De la paciencia.

**PUNTO PRIMERO.**—Considera que no hay virtud más necesaria ni más útil que la paciencia cristiana. Ella es, hablando en rigor, el remedio universal, y casi el único que nos hace encontrar algún alivio en nuestros trabajos. La paciencia os es necesaria (dice San Pablo), para que, haciendo la voluntad de Dios, experimentéis el efecto de sus promesas; sin esa virtud, todas las demás no hacen más que apuntar; porque sin paciencia no hay perseverancia. El combate es dilatado, porque toda la vida es una continua guerra; la victoria supone la paciencia, y la corona siempre se debe á esta importante virtud.

Cultivamos, por decirlo así, una tierra ingrata; la broza, los matorrales y las espinas nacen debajo de los pies; arráncanse, y vuelven á retoñar; en todas las condiciones pican; ni el trono está exento de ellas; sin el socorro de la paciencia, sus puntas no sólo punzan, sino despedazan; sólo la paciencia las embota: *Con nuestra*

***paciencia poseeremos nuestras almas; es decir, que con ella domaremos nuestras pasiones.***

**iDios mío, cuántas desazones y aun cuántos pecados evitaríamos si tuviésemos un poco más de paciencia!**

**PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hay cosa más inútil, menos racional ni más nociva que impacientarse. Los disgustos, las pesadumbres y los contratiempos son los que producen y los que fomentan las impaciencias, esto es, nuestra indignación y nuestra cólera con todo aquello que nos enfada. Pero bien: si lo que nos enfada no está en nuestra mano; si los contratiempos no dependen de nosotros; si no se pudieron prevenir ni evitar esas desgracias; si el verdadero origen de nuestras inquietudes y de nuestros enfados somos nosotros mismos, ¿qué cosa más inútil ni más extravagante que impacientarse? Porque, al fin, ¿qué cosas son las que suelen impacientarnos? Una enfermedad molesta y dilatada; un temporal enfadoso; un criado rústico, tonto y desmañado; tal vez nuestra poca habilidad y nuestra poca aptitud irritan el mal humor, y causan nuestras impaciencias; pero, en todo esto, ¿qué razón tendremos para inquietarnos?**

**iCuántas veces produce la impaciencia palabras cuya indiscreción se llora por mucho tiempo! i Cuántos ímpetus, cuántos arrebatos han perdido á muchos hombres de bien, y arruinado muchas familias ! En ninguna cosa se muestra más la virtud que en la paciencia.**

**Dios mió, ya que me habéis dado á conocer la necesidad que tengo de esta importante virtud, concedédmela por vuestra bondad y misericordia. Señor, pues Vos me disteis tantos y tan admirables ejemplos de paciencia, otorgadme también la misma amable virtud.**

## JACULATORIAS

**Alma mía, ¿por qué no has de estar siempre sujeta á la voluntad del Señor, puesto que El sólo es y de El sólo esperas tu salud.— Ps. 61.**

**Animo, alma mía, sufre con fortaleza tus trabajos y confía en el Señor.—Ps. 26.**

## PROPÓSITOS

**1. Por lo común no hay cosa más irracional que el motivo de nuestras impaciencias. Enfadámonos contra el rigor del tiempo, contra la intemperie del aire, contra la situación del lugar, contra las incomodidades del viento y de la lluvia. Una respuesta menos discreta, una palabra inconsiderada, un accidente imprevisto nos pone de mal humor. Unas veces nos desazona la taciturnidad, y otras la locuacidad de las personas. Hasta nuestros mismos defectos nos hacen impacientes; tal vez nos llena de cólera nuestra insuficiencia y nuestra mentecatez, siendo lo peor que lo pagan los otros. ¿Cuántas veces se impacienta uno contra el instrumento que toca ó contra la pluma con que escribe? Pero ¿quién tendrá la culpa? ¿Son éstos motivos racionales para turbar la paz de un hombre, y tal vez la de toda una familia? Si conoces que se van levantando los primeros ímpetus, ó excitando las primeras chispas de la ira, irritada por algún objeto, no partas de carrera, no respondas de repente. Dilata la corrección para otro tiempo, muda la conversación, y, si puede ser, muda también de objeto. Afecta una dulzura más agradable. Con un poco de resolución y vigilancia evitarás muchos deslices.**

**2. No hay cosa más opuesta á la virtud y á la verdadera devoción que la impaciencia. ¿Qué mal, qué trabajo curan ó alivian las impaciencias? Por el contrario,**

**sólo sirven para hacerlos más pesados y para perpetuarlos. Toma desde luego la generosa resolución de no mostrarte nunca más apacible ni más manso que cuando sientes el corazón más lleno de amargura. ¿Qué paciencia no se tiene con un viejo enfadoso, con un enfermo inquieto, con un pariente extravagante, de quien se espera una rica herencia? ¿Qué paciencia han menester y efectivamente gastan los que sirven en la guerra, los que asisten en la corte? ¿Cuánto tienen que sufrir y que disimular por no disgustar al soberano ó al ministro? ¿Y no merecerá Dios que se tenga tanta paciencia por servirle y por agradarle? Sea esta virtud la que en adelante te distinga y te caracterice.**